



ilustrado por Lilian Maa'Dhoor y Peli

El águila y la culebra

Jacqueline Clarac de Briceño

Fundación Editorial



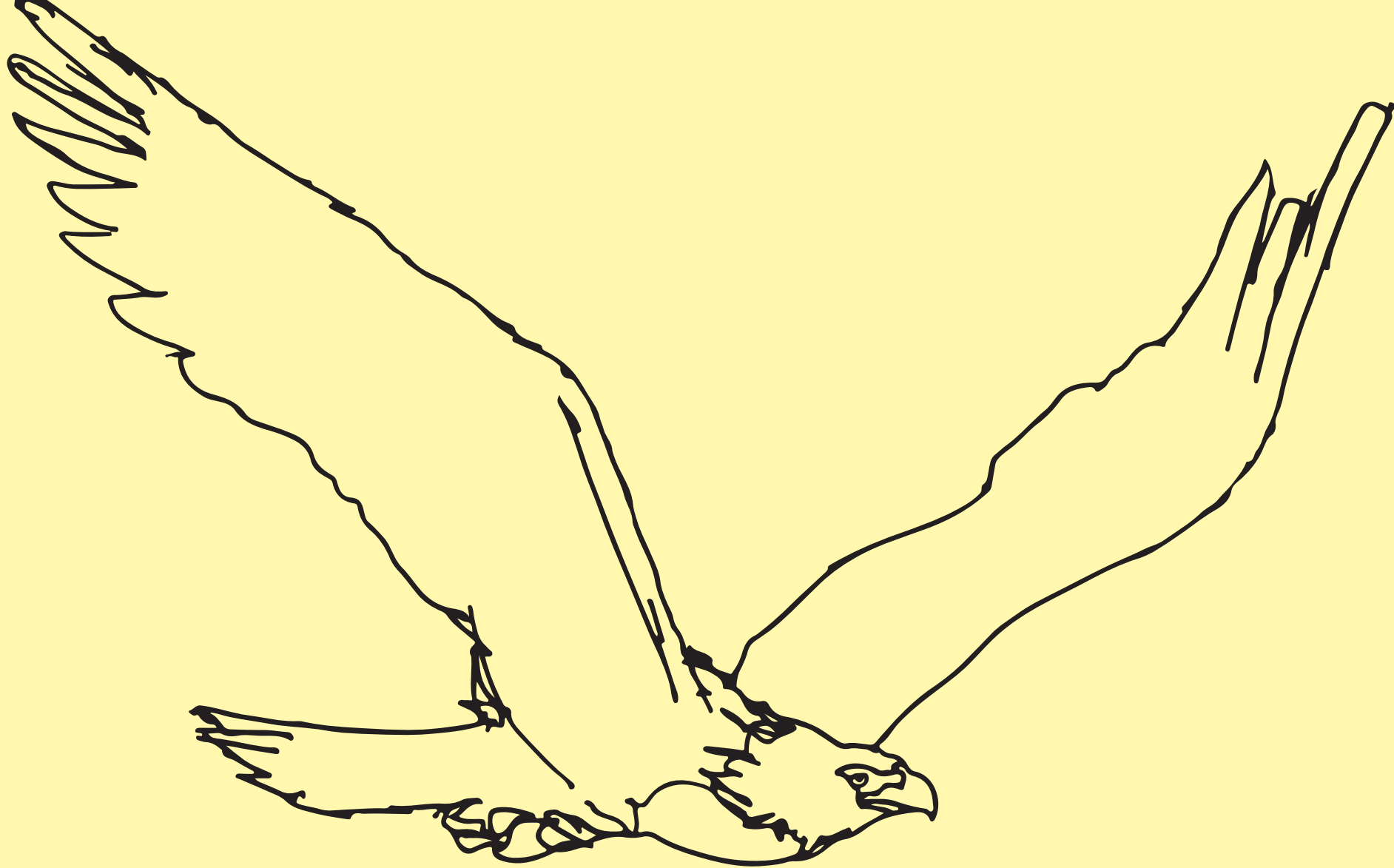
elperroylarana

MISIÓN



cultura + Venezuela

¡Corazón adentro!



El águila *y la culebra*

Fundación Editorial

elperroylarana

© Jacqueline Clarac de Briceño
© 3.ª edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2018 (digital)

Centro Simón Bolívar
Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010
Teléfonos: 0212-768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos
comunicacionesperroyrana@gmail.com
atencionalescritorfepr@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Facebook: Fundación Editorial Escuela
El perro y la rana
Twitter: @perroyranalibro

Diseño
Lilian Maa'Dhoor y Peli / Jenny Blanco

Ilustraciones
© Lilian Maa'Dhoor y Peli

Edición y corrección
Yanuva León

Diagramación
Jenny Blanco

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal DC2018001963
ISBN 978-980-14-4074-1

ilustrado por Lilian Maa'Dhoor y Peli

El águila *y la culebra*

Jacqueline Clarac de Briceño

Un día, cerca de la laguna de Yo-Ja-ma, nació un niño indio.

Su familia había dado grandes caciques, grandes mojanes y yerbateras al pueblo de Jamú.

Hoy el pueblo de Jamú se llama Lagunillas, y a la laguna Yo-Ja-ma le dicen la laguna de Urao.

Los ancianos del pueblo, después de consultar a la laguna, decidieron que el niño debía recibir una preparación especial, pues un día iba a ser moján...

Los mojanes eran entonces los grandes sacerdotes hechiceros de la laguna y de los aires, y eran grandes médicos de los jamuenes, de los quinaroas, y de otros hombres de la cordillera...

Se reunieron por consiguiente tres viejos, muy viejos mojanes y el mismo día que nació el niño le hicieron la “preparación”.

Para empezar, lo bañaron en la laguna y luego lo bañaron también con vino de hojas de apio y de achiote.

Después, le hicieron tomar un poco de agua de la laguna en una taparita, antes de que la madre le diera pecho. Mientras estaba el niño en los brazos de su mamá, los tres mojanes se pusieron a caminar al mismo tiempo.

Uno se fue por el lado del levante, donde recogió una piedra. Otro se fue por el lado del poniente, donde recogió una piedra. El tercero se fue caminando hacia el sur y recogió una piedra.

Pusieron las tres piedras en un recipiente con chicha, y entonces volvieron a bañar al niño pero esta vez con la chicha, después de lo cual se consideró que ya estaba “preparado”.



El niño creció, aprendió a caminar y jugaba con otros niños; acompañaba a su mamá cuando esta iba a recoger las yerbas medicinales en los alrededores, pues ella era yerbatera.

A veces se quedaba con su abuelita, quien hacía las esteras más bonitas del pueblo; o acompañaba a su papá y a sus tíos al terreno donde ellos sembraban y cosechaban maíz.

Él los ayudaba, arrancaba el monte y espantaba a los pájaros que querían comerse el maíz.

Pero, un día, el niño se fue solito a caminar por las orillas de la laguna y desapareció.

Sus padres se pusieron muy tristes pero no lo buscaron: sabían que la anciana que vivía en el fondo de la laguna en una ciudad hermosa, se ocuparía de él y le enseñaría muchas cosas...

Pasaron varios años... y un buen día regresó el niño.

Todos comentaron en el pueblo que él había estado en el fondo de la laguna con la anciana y con otros niños como él, y que allí había aprendido muchos secretos para ser un día médico y hechicero.

Al niño le gustaba mucho visitar a uno de sus tíos, quien era el segundo moján en importancia del pueblo.

Su tío le contaba muchas cosas del tiempo de antes, cuando solo había el sol y la luna, el cielo, los aires, la laguna y el páramo o cuando hubo los primeros hombres, los que lograron sobrevivir a la gran inundación...



También lo llevaba a pasear con él y a conocer las ramas, las yerbas y para qué sirven.

La gente decía:

—Su tío lo está enseñando, pues así hacen los mojanes...

Le enseñaba a espantar con su maraca a los malos espíritus del aire y le enseñaba a reconocer los pájaros: los que comen el maíz, los que hacen huecos en los árboles, los que vuelan muy bajito y los que vuelan muy arriba...

Ya sabía reconocer el pájaro del agua, el pájaro de las cascadas, que anuncian la muerte...

Temía a los guainíes, pero se reía con los azulejos, que vuelan como luces del cielo.

Él aprendió a nunca pasar de noche debajo del maitín, aprendió a respetar las aves de la laguna, a no enfadar a la gran culebra, también aprendió el lenguaje del agua y de los aires, con el cual se puede mandar a estos, se puede hacer llover, parar el granizo y el trueno u ordenar a la tempestad que se vaya bien lejos. También aprendió a mirar el arcoíris y a preguntarle por el tiempo.

Su tío era un gran moján; cuando se instalaba la sequía en enero y en febrero, hablaba con la laguna y los aires, y hacía llover sobre los campos: buscaba una piedrita muy especial, la mojaba en la laguna y la sembraba en el terreno, regándola con chicha mientras decía:

—Que llueva, que llueva, y te llevaremos ofrendas.



Y cuando empezaba a llover, junto con los otros hombres de su pueblo, el tío llevaba a la laguna las ofrendas prometidas: las primeras mazorcas de maíz, el primer chimó que se fabricaba, la primera chicha que se hacía...

También le ofrecía a la laguna piedritas de águila y unas fruticas de oro, y le sacrificaba guacamayos pichones y, otras veces, unos venaditos... Esto mantenía quieta y contenta a la gran culebra de la laguna, que ya no se revolcaba bramando con ganas de tragarse a alguien.

El moján y el niño subían a veces a uno de los altos cerros, para llevar también las ofrendas a las grandes piedras. Y así, quedaban quietos y contentos el páramo y los cerros.

Una vez lo llevó a un largo viaje, muy lejos, hasta el páramo ahí, donde unos parientes construían terrazas en las faldas de las montañas para sembrar papas.

Llegaron hasta arriba, donde el páramo casi toca el cielo, donde al páramo lo envuelven las nubes.

Llegaron hasta arriba y entonces vieron el sol de los venados.

Todos los cerros y picos estaban rojos, rojos, ardiendo...

Y entonces el niño vio un águila blanca que volaba, que volaba muy alto en el cielo. El niño miró y miró al águila, y de repente, estuvo volando con ella, arriba, siempre más arriba...

El cielo era todo claro, y él vio al sol que descendía detrás de las montañas hacia el mar. El niño-águila miró hacia abajo: los valles estaban oscuros, y los cerros bañados en la sangre roja de los venados del sol.



Voló, voló, voló, y cuando ya no hubo más cielo claro, no hubo más sol de los venados, todo oscureció, el aire, las montañas, los valles...

Se asustó el niño y ya no fue águila; bajó a la tierra y solo fue niño, al lado de su tío.

Sí, era un gran moján el tío. Sabía curar las enfermedades y combatir a los enemigos y enseñaba a respetar la laguna a aquellos que le faltaban: los que hablaban en voz alta a sus orillas, los que robaban sus gallinetas y sus peces, los que cogían la paja de sus orillas sin permiso, o que no llevaban ofrendas, por avaricia.

Un día el niño le preguntó a su tío:

—Tío, dice la gente que muy pronto van a llegar unos seres muy extraños que son a la vez hombres y venados: tienen dos cabezas, una abajo y otra más chiquita arriba, son más veloces que el venado y escupen fuego por un palo. También dicen que matan a las personas al pasar, y por esto la gente tiene miedo.

—Sí—dijo el tío—, me contaron que mucha gente se ha refugiado en los cerros para escapar, pero nosotros no debemos escapar, nos protege Jamashía, nuestra señora la laguna, ella me ha dicho: “Di a tu gente que no se asuste, que esos seres van a llegar, y algunos se quedarán para siempre en estas tierras. Pero ustedes son mis hijos, los protejo, y si me siguen trayendo las ofrendas yo siempre estaré con ustedes y siempre daré agua a sus campos. Mientras que si se van... si se van yo levantaré vuelo, y más nunca me volverán a ver...”



Y por esto, cuando llegaron los españoles a Jamú, todos, hombres, mujeres, ancianos y niños permanecieron tranquilos, al mismo tiempo recordando las palabras de sus mojanas, para que la laguna se quedara con ellos.

Y llegaron...

Vinieron desde Pamplona, mitad bestia, mitad hombres. Hacían gran ruido con sus cascos y con sus ropas de metal.

El niño, parado en una piedra a orillas de la laguna, los vio llegar de lejos: se parecían al arcoíris cuando toma forma de venado, sus cuerpos brillaban al sol, brillaban como la laguna...

El niño se estremeció pero recordó las palabras del tío y procuró tranquilizarse.

Miró la laguna: estaba quietita, no se movía pero de repente empezó a agitarse, como si la culebra estuviera muy brava y recorriera las profundidades a toda prisa, el agua iba y venía...

El niño se asustó y corrió...

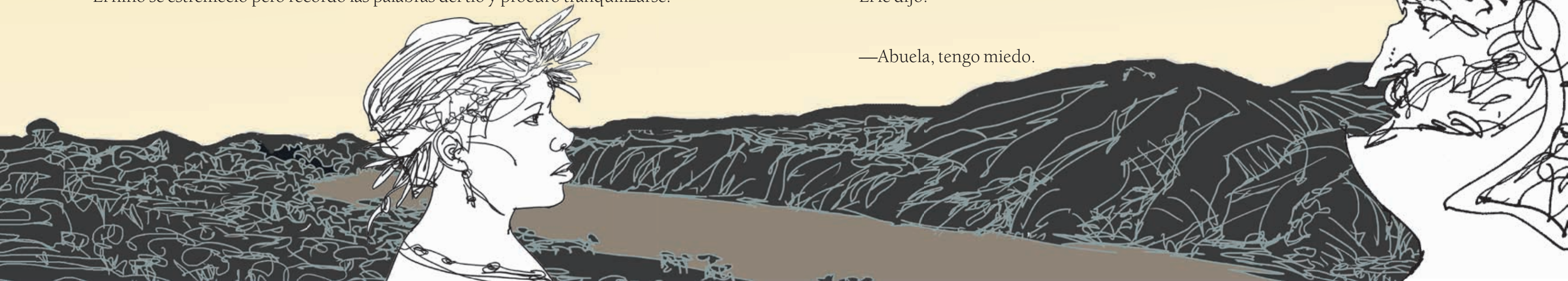
... Corrió con toda la velocidad que pudo, y llegó a su casa.

La abuela se enfadó:

—¡Niño! ¿Dónde estaba?... Lo he estado buscando...

Él le dijo:

—Abuela, tengo miedo.





Jacqueline Clarac de Briceño (1939)

Licenciada en Antropología egresada de la Universidad Central de Venezuela, en 1967. Profesora titular adscrita al Centro de Investigaciones Etnológicas (CIET)- Museo Arqueológico de la ciudad de Mérida. Autora de diversos artículos, libros y cuentos infantiles publicados en Venezuela, Francia, España y México. Directora fundadora del *Boletín Antropológico*. Actualmente coordina el doctorado de Antropología en la Universidad de Los Andes.



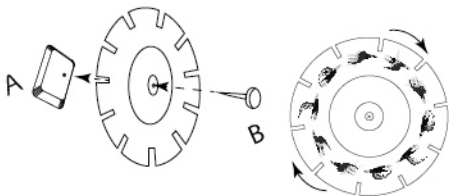
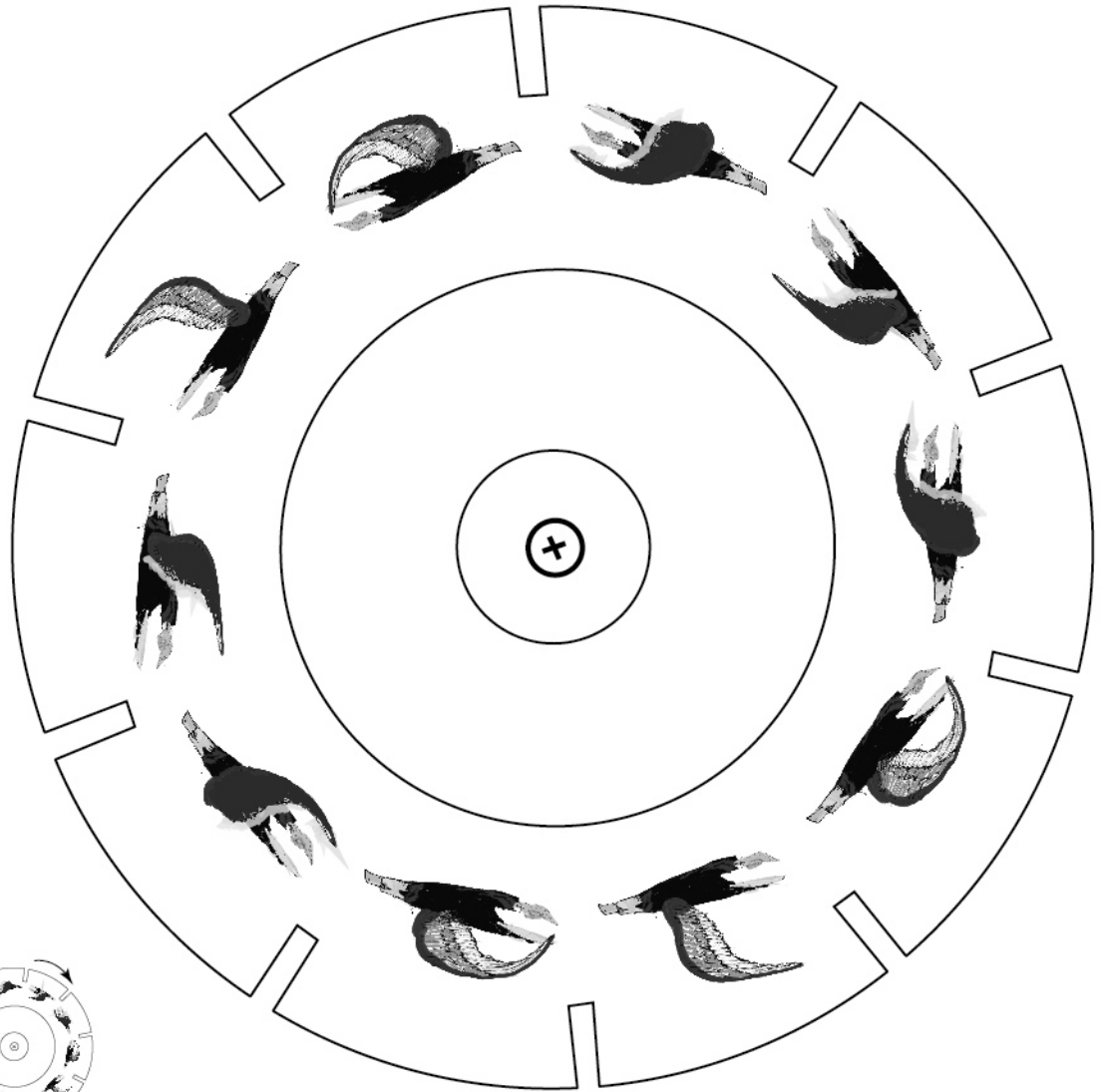


EDICIÓN DIGITAL
octubre de 2018
Caracas, Venezuela

EL ÁGUILA Y LA CULEBRA

EL FENAQUISTISCOPIO

Este nombre viene del griego *phenax* (engaño) y *scopein* (ver). A través de este juguete podremos ver volar el águila. Para hacerlo funcionar, primero recorta cuidadosamente el disco y las ranuras. Pásale un alfiler o un chinche por el centro y clávalo en una goma de borrar o en un pedacito de anime (A). Debe girar fácilmente (B). Colócate delante de un espejo. Haz girar el disco y verás a través de las ranuras las imágenes en movimiento en el espejo. Son dibujos con pequeños cambios graduales que al mostrarlos seguidos y rápidamente, da la impresión de que están moviéndose. Esta es una forma de hacer dibujos animados.



Cuentos para jugar

El águila y la culebra Jacqueline Clarac de Briceño

Dos historias de Blanca Margarita y María Cecilia Antonio Trujillo

Un cuento para Manuel Alfredo Maneiro

Caliebirri-Nae Cudeido Relatado por Luis Blanco

Nocturno en el balcón Luiz Carlos Neves

La vida secreta de abuela Margarita Laura Antillano

El Dinosaurio Azul Orlando Araujo

Piapoco Fanny Uzcátegui

Chocolate Armando José Sequera

Un dragón y otros poemas Poesía venezolana



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura